

Carlo Scarpa en el M.O.P.U.

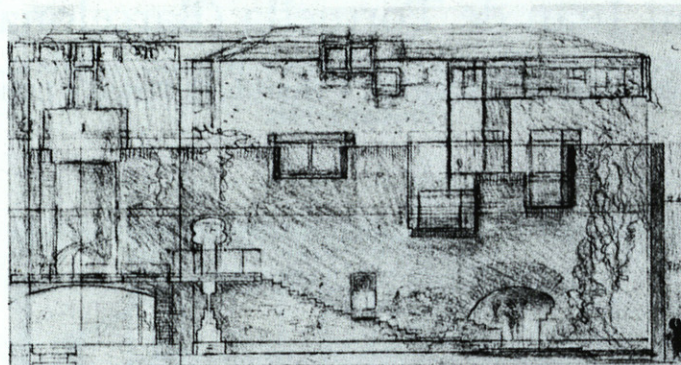
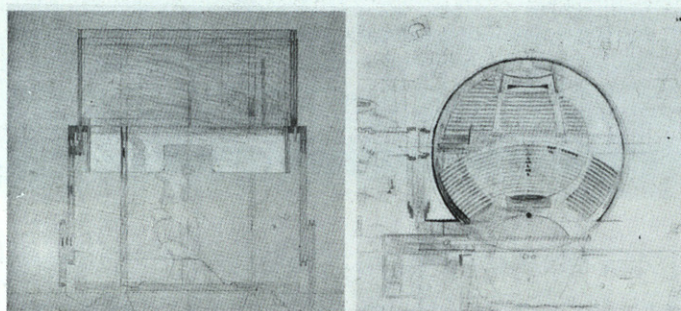
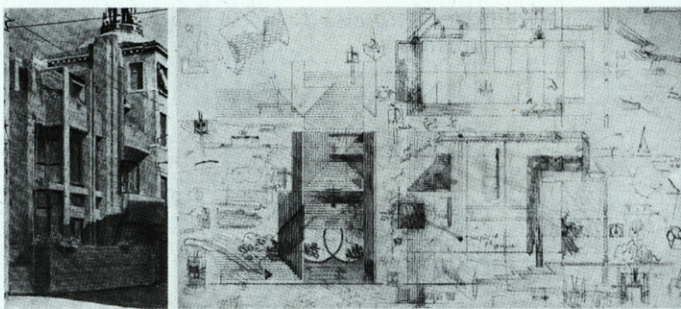
La exposición de Carlo Scarpa presentada por la Dirección General de Arquitectura y Vivienda en la Sala de las Arquerías del M.O.P.U. es la primera reposición, al igual que el cuidado catálogo, de la que tuvo lugar en Venecia y Milán hasta enero pasado, constituyendo una manifestación artística muy completa y del más alto nivel.

La obra de Scarpa, arquitecto veneciano muerto hace pocos años y nacido en los primeros del siglo, no es, a pesar de su condición de singularidad, una obra aislada, sino que cabe entenderla en el marco de su época y en el de la brillante generación a la que perteneció.

Trátase así, en muchos sentidos, de un miembro de un grupo generacional (Albini, Rogers, Gardella, Samoná, Quaroni, Ridolfi...) cuya obra constituye en conjunto, y a mi parecer, la más importante aventura artística del desarrollo del lenguaje moderno en la arquitectura contemporánea, tal vez el único que, habiendo enriquecido, y así separado, del *estilo internacional*, no sucumbió víctima de las banalidades figurativas en las que, por ejemplo, desembocó el *organicismo*.

La obra de Scarpa es bien singular, sin embargo, tanto por su dedicación temática a obras de carácter especial y menor, como por aquella actitud que le llevará a entender su trabajo en un cultivo del fragmento encaminado a la elaboración de un lenguaje personal; en el tratamiento del objeto como una obra de orfebrería, cuyo cincel es el exquisito dibujo. Y por una inexistente voluntad de historicismo que le apartará de un compromiso contrario al que todos los demás miembros de su generación asumen.

Personalmente no me cabe duda de que es esta falta de compromiso con la historia aquella condición que le hace hoy más popular, y no tanto sus valores; y, así, la mitificación actual de su obra que antes le fue regateada, y que



después de su muerte ha tomado tanta fuerza, es aquel espejismo en que quieren mirarse los que tratan de orillar la condición post-moderna, pensando esperanzados que la epifanía de la modernidad no ha caducado. Carlo Scarpa aparece ante tantos como la idea de una forma moderna aún en progresión, de un triunfo artístico definitivo en el que el lenguaje alcanza una condición exquisita como demostrativa de una intensidad de figuración que el estilo internacional no había logrado.

Creo, no obstante, que la obra de Scarpa es la obra de un artista solitario y extremo, ajeno a lo que no sea su propia relación con la artesania,

manifestada ésta en el dibujo.

Así, la exposición de Venecia y Milán, y luego de Madrid, se produce lúcidamente al enseñar como principal producto de su mano su producción gráfica. Cuando lo gráfico deviene obra, aquella cualidad que como dibujo tenía, tomará otra dimensión, la arquitectónica, y si bien no cabe duda de que la fortuna de Scarpa en este campo fue siempre notoria, su producción entendida como arquitectura es más desigual que cuando es vista en la continuidad que tiene como dibujo.

Veáanse como simple muestra dos de sus *capolavori* más notables: la transformación de la ruina del *Castell-Vecchio*

de Verona en Museo, y el cementerio para Brionvega en Asolo. En el primero, la obra supera y trasciende el dibujo, convirtiéndose en una de las operaciones arquitectónicas y museísticas más interesantes de su época, y quedando su relación con lo antiguo inscrita en la historia. En el segundo, los dibujos, e incluso la maqueta, superan con creces el resultado real, y la condición fragmentaria de su diseño, que en Verona era básico para la cualidad del resultado, queda convertido en Asolo en suma de episodios, de fortuna y ligadura desigual, fallando en el *carácter*, que en Verona quedó tan conseguido. Además, en Asolo, un sutil historicismo, que invade también otras obras, está presente: la sombra del Wright de la primera edad de oro, de Hoffman, de McIntosh, y de las derivaciones del secesionismo en general. Y buena cosa sería que lo que más se atendiera fuera esto, pero no es ese el caso; su obra se mira de muy distintas formas.

Carlo Scarpa era un artista magnífico, una de las cumbres de nuestro siglo, y su reconocimiento casi póstumo así viene a declararlo. Pero su obra, como la de Gaudí, puede tener una gran capacidad de enseñanza indirecta, pero poca para crear escuela. Si bien sería una fortuna que hubiera nacido algún otro Jujol.

Creo que fue el año 78 cuando la galería BD de Madrid hizo una hermosa exposición de dibujos y diseños de Scarpa. Entonces pudimos conocerle aquí personalmente, en su últimos tiempos, pues, tristemente, falleció muy pronto. En la exposición de hoy los aficionados de la ciudad le rinden homenaje póstumo, mereciendo una calurosa felicitación la Dirección General de Arquitectura y Vivienda por esta iniciativa que ha traído a Madrid la primicia de esta importante muestra, descontando su estreno en Milán y Venecia, ciudad esta última de cuyo Instituto de Arquitectura fue Scarpa director.

A. C.